

RESEÑAS

LEO SPITZER, *Essays in historical semantics*. Testimonial volume in honor of Leo Spitzer on the occasion of his sixtieth birthday, February the seventh, 1947. S. F. Vanni, New York, 1948.

La *tabula gratulatoria* de este homenaje que Anna Hatcher y Ch. Singleton, al frente de un comité de amigos, ofrecieron a Spitzer con oportunidad de su 60º cumpleaños podría sugerir, con sus nombres, algo como un panorama histórico de la filología románica desde el punto de vista de las peregrinaciones efectivas y espirituales de Spitzer. Este libro reúne seis ensayos suyos de semántica histórica: uno se publica aquí por primera vez (*Er hat einen Sparren*), los demás han sido refundidos con nuevo material —y todos saben lo que significa una nota o una ampliación de Spitzer—; algunos de ellos (*Muttersprache und Muttererziehung, Schadenfreude, Race*) se remontan a los últimos años de su período europeo; otros (*Gentiles, Milieu and Ambiance*) pertenecen al período norteamericano. Muchos pasajes de este libro permiten vislumbrar reacciones y adaptaciones al ambiente espiritual a que el destino llevó a Spitzer, aún más interesantes que la alternancia de dos idiomas; pero el acontecimiento de la biografía espiritual de Spitzer que cada página manifiesta es de naturaleza mucho más íntima: si la esfera cultural clásico-cristiana es la llave que abre a Spitzer sus complejas historias de palabras y de ideas, el lector se da cuenta desde el Prefacio (págs. 1-14) cuán intensamente vive Spitzer dentro de esta esfera mágica de la que él se ha hecho parte integrante.

Muy sugestivo y aleccionador es este prefacio. Spitzer contrapone en esas primeras páginas los presentes ensayos a sus ensayos estilísticos anteriores. Allá, nos dice, los personajes eran los escritores y su personalidad estilística; aquí son vocablos cargados del “estilo” de la edad que los ha empleado, testimonio de ideas vivas, absorbidas en distintos momentos y distintas esferas culturales, el más legítimo testimonio que tenemos de ellas. Pero ¿cómo es posible separar lo estilístico de lo histórico? Spitzer parece adelantarse a esta pregunta ablandando su proposición con dos reservas mentales que echan inmediatamente una red de relaciones entre lo individual y lo “supraindividual”. La personalidad supraindividual de una forma de civilización, agrega Spitzer, se ha formado y coloreado, bien entendido, por medio de personalidades individuales, aunque los individuos no hacían sino dar expresión a los sentimientos de su civilización. En otras palabras aquí no se trata de separar —cosa imposible— lo estilístico de lo histórico; efectivamente, cuando se le presenta la oportu-

tunidad, Spitzer deja que lo uno asome por debajo de lo otro¹. Además esta posibilidad queda siempre presente al lector, pues Spitzer apoya en el análisis de los textos, por lo menos los puntos esenciales de su historia; gran parte del material léxico que reúne son citas, pasajes de autores debidamente interpretados. Spitzer no olvida la elaboración personal; pero su mira no es el momento expresivo y subjetivo de ella, sino el momento tradicional por el cual el poeta, para expresarse a sí mismo, hace hincapié en conceptos conocidos, o el sabio elabora la materia idiomática con espíritu objetivo. Huelga observar que al decir Spitzer que los individuos no hacen sino expresar los "sentimientos" de su generación, lo dice muy bien, porque en la historia del lenguaje lo que interesa no son los conceptos deslindados por los sabios, sino lo que de ellos su generación pudo asimilar en forma de vivencia.

Spitzer declara con pleno derecho que nunca se ha tratado de mirar la historia de las ideas bajo un horizonte de idiomas tan varios como lo hace él (pág. 6), que al lado del mundo románico busca a menudo en ambas lenguas anglosajonas el testimonio de la civilización europea; agrega que ha encontrado en Auerbach el guía más congenial para salvar la gran dificultad que lleva consigo esta forma de historia lingüística: no es fácil saber guardar la proporción debida entre la historia de las ideas y la de las palabras; casi siempre el contenido cultural desvía la vista del investigador de problemas formales que son particulares del lenguaje. Spitzer encontró aquí no sólo el auxilio de Auerbach, sino que también aprovechó su sentido crítico y sus preferencias por el análisis textual. Puede que haya de vez en cuando algún desvío, muy fácilmente explicable como forma de reacción a la tendencia contraria, pero el equilibrio en conjunto es perfecto; hay más: no creo que hasta ahora un lingüista haya sorprendido con mayor claridad el momento cultural en el punto, si puedo decirlo así, en que se hace lenguaje. No es casualidad que Spitzer se refiera a los *topoi* de Curtius, a los lugares comunes de cierta tradición literaria; la historia de las palabras, bien mirado, es una historia de lugares comunes. Ahora bien, los puntos quizá más interesantes de este libro, desde el punto de vista metódico, son aquellos donde Spitzer, al crear alrededor de una palabra la atmósfera cultural que la explica, en realidad reúne las variaciones de un *topos* que acaba por fijarse y cristalizar en una palabra. Véanse los muchos pasajes de Dante que Spitzer reúne (pág. 24)² para mostrar lo natural que era para él el giro *lingua materna*; lengua familiar, lengua de la madre, de la nodriza, concepción medieval y cristiana, opuesta a la de *sermo patrius* (la lengua de los padres, de la patria); Spitzer no deja de hacer constar que para establecer el lugar probable de difusión del vocablo, esta atmósfera vale mucho más que la prioridad de uno u otro ejemplo. Efectivamente, es probable que *lingua materna* haya nacido en la patria de Dante; pero ¿es verdad que en Dante este concepto se oponía de modo

¹ A pesar de lo que Spitzer declara, pág. 2, véase p. ej. pág. 191, cómo analiza un pasaje de Apuleyo, y, pág. 192, lo que dice sobre la *variatio* latina.

² Podría agregar *De vulgari eloquentia*, II, vii, 4, donde Dante rechaza del léxico "illustre" los "(verba) puerilia propter sui simplicitatem, ut *mamma* et *babbo*, *mate* et *pate*".

absoluto al de *sermo patrius*? No creo esté de más discutir el caso, porque esto nos llevará, si no estoy equivocado, a sorprender un “topos” que todavía no ha cristalizado pero que ya presenta los caracteres formales que hacen posible la cristalización. Spitzer, al mencionar el pasaje de *De vulgari eloquentia* I, xv, 2, en donde Dante dice que Sordello (nativo de Mantua) “quandocumque loquendo *patrium vulgare* [idioma] *deserui*” no deja de notar de paso la proximidad con *patrius sermo* y muy sutilmente establece que aquí Dante emplea el vocablo como mera fórmula, mientras que, cuando escribe *materna locutio* tiene ante su vista la imagen clara de la lengua aprendida de su madre. Admito que así sea; sin embargo no siempre Dante escribe en su calidad de ciudadano del mundo (“nos autem quibus mundus est patria velut piscibus equor”), como en el *De vulgari eloquentia*; en otras situaciones se expresa por medio de un “topos” que tenía todas las calidades para desembocar en un *patrius sermo* no opuesto sino próximo afectivamente a *materna loquela*. Basta recordar *Convivio* I, xii, 5 (“E cosí lo volgare è piú prossimo quanto è piú unito, che uno e solo è ne la mente che alcuno altro, e che non solamente per sé è unito, ma per accidente, in quanto è congiunto con le piú prossime persone, sí come con li *parenti*, e con li proprii cittadini e con la propria gente”) y, con otro matiz, la famosa invocación de Farinata: “O Tosco, che per la città del foco / vivo ten vai cosí *parlando onesto*, / piacciati di restare in questo loco. / La tua *loquela* ti fa manifesto / di quella nobile patria natio, / a la qual forse fui troppo molesto”.

La mayoría de esas monografías son historias de palabras (I-V), la última es historia de ideas (VI); en efecto, Spitzer las clasifica (pág. 2) como ejemplos de búsqueda ya semántica ya onomasiológica y no deja de poner en evidencia el valor de los estudios semánticos en que la tendencia histórica de la lingüística se ha manifestado reaccionando contra la concepción mecanicista que se había detenido preferentemente en problemas de fonética y de morfología. Aun después de medio siglo de idealismo, esta página histórica y al mismo tiempo polémica sigue conservando su actualidad en América y también en Europa. En realidad, las historias idiomáticas de Spitzer se desarrollan en una atmósfera cultural lograda con una extrema ampliación y complicación del campo comparativo: no es casualidad que Spitzer hable (pág. 3) de “*Massenstrategie*” y mencione a Schuchardt: en último análisis la historia semántica de Spitzer avanza sueltamente por el camino que ha mostrado Schuchardt hacia una búsqueda etimológica que trate de deslindar el mundo de conceptos y de sentimientos que distintas edades y civilizaciones han concentrado en un vocablo de forma aparentemente inmóvil.

Este libro delata claramente una vuelta a lo histórico que llama la atención de quien considere la producción más reciente de nuestro autor. Spitzer vuelve en cierto sentido a su antigua y tan característica actividad lexicográfica y etimológica, pero con espíritu nuevo, mejor dicho, con espíritu templado por nuevas experiencias. Un cotejo entre la breve nota sobre la etimología de it. *razza* (*ratio*) publicada en *ZRPh*, 1933 (LIII, págs. 300-1) y el cap. IV de nuestro libro es suficiente para comprender exactamente la situación de estos ensayos en el curso del pensamiento de

Spitzer. Los orígenes clásico-cristianos de nuestra cultura europea, con todas sus complicaciones y ramificaciones, llenan este libro con la emoción de un descubrimiento. En la historia de *ambiance*, esta cultura está presente en todo su desarrollo, desde la filosofía jónica hasta Comte; en una monografía que siento no haya sido incluida en esta publicación porque quizá se encuentre en ella la "etimología perfecta" de Spitzer (*Soy quien soy*, NRFH, I, 1947, págs. 113-127), la mira de Spitzer es más bien la atmósfera cultural renacentista; aquí sus preferencias son para el mundo de la patrística latina en donde han cuajado los ideales de la Edad Media que siguen siendo los cimientos de nuestra civilización.

Observa Spitzer que en el mundo léxico hay vocablos expuestos a la fuerza de erosión del espíritu crítico e irónico de los hombres (pág. 10; los caps. II y IV son episodios de estos decaimientos; cf. la historia de *raza* o de *ramo de locura*, expresión que procede del motivo del árbol y de sus ramos en el cual se ordena en la concepción medieval la jerarquía de las virtudes o de los vicios y enfermedades). Al lado de éstas hay palabras solemnes (*Dios, águila*) que el pensamiento y el sentimiento teológico han puesto al amparo de mutaciones profanas. Esta observación no reproduce sin más la vieja distinción entre las palabras vulgares y las cultas que la Iglesia ha preservado de corrupción. Desde un punto de vista general, lo que observa Spitzer, si no me equivoco, puede caber en la distinción que hace quien considere en su conjunto el material léxico de una lengua y trate de ordenarlo en esferas significativas: hay conceptos y vocablos que parecen quedar intactos como peñascos en el mar, otros están extremadamente sujetos a elaboración perpetua. Desde el punto de vista histórico podríamos preguntar a Spitzer si corresponde en verdad enfocar toda la historia de los orígenes de nuestra civilización según la ideología de la patrística. De todos modos, cada vez más descubrimos cuán grande ha sido su herencia, cada vez estamos mejor preparados para descubrirlo: lo que hasta ayer era una cuestión de "cambio de sufijos", como la relación entre it. *menzogna*, fr. *mensonge*, esp. *mentira*, hoy es para Jud³ huella de la concepción diabólica de la mentira que se enlaza directamente con la patrística.

Con gran provecho sigue el lector a Spitzer en estas excursiones; por ejemplo cuando, después de aclarado el origen cristiano del concepto de *habla materna*, Spitzer sigue analizando con lujo de citas, desde Gonzalo de Berceo⁴ hasta Dante, la concepción medieval del hombre espiritualmente criado por su madre y nodriza, y, al mostrar cómo la imagen de la Virgen, maestra de sabiduría, está en la raíz de este concepto que vive en el sentido metafórico de *mamar, leche*, etc., menciona (pág. 33) a San Agustín, y a Santa Mónica con el papel de María. Claro está que, de vez en cuando, la sutileza de Spitzer produce en el lector cierto vértigo: por ejemplo, ¿será cierto que va a la zaga de San Agustín el indocto Gregorio de Tours cuando (*Martinus*) narra cómo su madre lo incitó a escribir la vida de San Martín sin reparar en su rústico estilo? (pág.

³ *VoxR*, XI, 1951, págs. 101-124: *mentira, mentiroso* son paralelos a *deliria, deliriosus* porque quien miente delira.

⁴ Véase, págs. 29-30, el comentario a *Milagros*, Prólogo, estr. 75 "de cuya *lege* quiso con su *bocca mamar*".

56). No tenemos aquí, a mi parecer, sino la variación de un "topos" ("per meam rusticitatem vestram prudentiam exercebo") que aparece en otros prefacios de Gregorio⁵; el motivo de la madre es secundario; de todos modos, presenta un matiz humano más bien que teológico: la voz familiar de la madre es la interioridad de la conciencia: la voz de la madre que amonesta a San Sinfiriano conducido al cadalso *nota gallica voce* para que no olvide a su Dios. Análogamente puede que Spitzer no esté equivocado cuando (pág. 28) en la expresión de Tertuliano *Eva matrix generis humani* observa que aquí se emplea *matrix* (*mater* más *genetrix*, *nutrix*) en doble sentido: Eva es la matriz y al mismo tiempo la madre originaria del género humano; queda así diferenciada de la Virgen, "die Unbefleckte, die Erlösungsmutter des menschlichen Geschlecht". Sin embargo, no hacían esta distinción los sardos que en el siglo XII escribían *madrigi domini*.

El método de Spitzer es también muy útil para aclarar y analizar la coagulación idiomática de conceptos y fórmulas de sentido técnico prominente. Spitzer pasa revista a la terminología con que el latín varió el sentido de *περιέχων* sin lograr reproducir convenientemente su valor específico: *ambiens* es palabra de la latinidad medieval aunque Spitzer reconozca su origen primero en el concepto clásico del Océano (pág. 189) que *ambit*, *amplectitur*, *circumfundit* la tierra. La variedad de los ejemplos medievales no es menor (*concludere*, *circumscribere*, *capere*, *coercere*, págs. 193-7); sin embargo, la mayoría de ellos acerca decididamente *ambire* a *continere*. Spitzer hace consideraciones muy interesantes sobre las diferencias de forma interior que dificultaban a los romanos una traducción adecuada de *περιέχων* pero me parece oportuno agregar que con *ambiens* ya estamos en una atmósfera cultural distinta de la clásica: la exigencia técnica de la filosofía medieval lleva a elegir una sola palabra y a formarla sobre el modelo más próximo que se le presentaba, es decir *continens*. Algo parecido puede decirse de *ratio*, que en el sentido de idea-tipo es también creación de la filosofía de la Edad Media. Hay mucha historia de latín medieval en este libro, debida al ansia que empuja a Spitzer hacia las esferas más altas en donde arraigan nuestros orígenes. No entre pescadores (*turbare*) como lo hizo Schuchardt, dice Spitzer, sino en el habla eclesiástica había que buscar la etimología (*contropare*) de una palabra tan cargada de valores intelectuales como es el enigmático *trouver* (pág. 3). ¿Es ésta la verdad? O por lo menos ¿es toda la verdad? El origen del esp. *hallar*, cuyas vicisitudes quizá estén históricamente relacionadas con las de *trouver*, nos lleva efectivamente al habla de cazadores y campesinos.

A este propósito creo que no se equivoca Lerch cuando advierte que la historia del sentido medieval originario de *ratio* que traza Spitzer explica vocablos como it. *ragione* "specie, qualità"⁶ más bien que el cultismo *ratio* de donde procede la familia románica de *razza*, *race*, *raza*.

⁵ Véanse los prólogos a *Historia Francorum*, a *Vita patrum* y a *Confessores*, reunidos en H. MORF, *Auswahl aus den Werken des Gregors v. Tours*, Heidelberg, 1922, págs. 1-6.

⁶ Desde el siglo XIII la mayoría de los ejemplos pertenecen a un giro del tipo "animali di ogni ragione".

Aquí también hay que buscar más abajo. Quedémonos con el italiano, sea éste o no, como se ha supuesto, el centro de difusión de la palabra. Claro está que *ratio* es su base fundamental: Spitzer hace hincapié en el ejemplo seguro de la *Intelligenza* (siglo XIV) *destrier di grande razzo*. Sin embargo hay contactos latentes bastante claros de *ratio* con *generatio* y con el bíblico *genimina* ("serpentes, genimina viperarum") al cual Spitzer se refiere para explicar (pág. 154) la connotación despectiva que lleva el vocablo, empleado ordinariamente a propósito de animales (*razza di cani*). Además me parece que hay indicios suficientes para suponer un cruce con una palabra o más, que sólo un estudio detenido y sistemático estará en condiciones de averiguar: no está de más adelantar unas sugerencias a fin de señalar el rumbo probable de la próxima investigación. Dos circunstancias le han llamado la atención a Spitzer: el sentido admirativo de los dos ejemplos italianos más antiguos⁷ y el género masculino del primero. A éste Spitzer le busca paralelos españoles como *prefacio* que es también italiano. Pero el italiano conoce también *il passio*, *il dazio* (*datio*), *lo stazzo* (*statio*); a mí me extraña más el metaplasmo *razza*; ¿por qué el femenino? No puedo menos de pensar en lo probable que parece que en cierto momento el vocablo, por un cruce o por lo menos por la proximidad semántica con otra palabra, haya tomado cierta connotación deverbal. Algo parecido a lo que Spitzer ha imaginado para los derivados españoles de *natio*⁸. Confirma mi suposición la circunstancia de que los dos ejemplos italianos no sólo son admirativos, sino que también son del mismo tipo sintáctico (*di grande*, *di franca r.*). Efectivamente el italiano conoce un verbo *razzare* "raspar": "uno grande cavallo molto gagliardo di razzare ed annitrire"⁹. Quien haga una vez más la historia de *razza* tendrá que averiguar si algún tratado da esa calidad de *razzare* como característica de los corceles de *pedigree*. Mientras tanto, no me resisto el gusto de mencionar el refrán, aunque torcido en un sentido despectivo: "Chi di gallina nasce, convien ch' e razzoli".

Otros indicios llevarían a una dirección muy distinta. El italiano, al lado de *far razza* 'procrear' dicho de animales, conoce *far razza* y *venire in razza*, expresión específica para la forma de reproducción de árboles domésticos por *propagatio*, "volendo far razza di qualche pianta tirisi a terra un rametto di questa" (Soderini, siglo XVI). Rozamos aquí el campo semántico de *razzare* 'podar'¹⁰, *razzuolo* "ramo potato", ya que la última operación de la *propagatio* es cortar el ramo de la planta madre. Y seguimos moviéndonos dentro de la familia de *radius* que era también sinónimo de *virga*¹¹. Sin embargo, *razzare* (Tommaseo) signi-

⁷ Además de *razzo* cit.: "lor capitano er un di franca razza" (Pulci).

⁸ En *RFH*, VII, 1945, pág. 160.

⁹ *Razzare* lleva z sonora (derivada de *razzo* lat. *radius*); *razza* lleva z sorda (lat. *ratio*), lo que, por supuesto, no es inconveniente para un cruce. Debido a las frecuentes interferencias entre las dos series de sonidos no es tampoco inconveniente para una derivación etimológica. MIGLIORINI, por ejemplo (*Prontuario etim.*), pone *razzolare* (z sorda) junto con *razzare*.

¹⁰ Además del *Diccionario* de TOMMASEO, véase *razzá* (Pisa, *Malagoli*), *razza*, *razzoli* (Córcega, *Falcucci*), *razzata* (Lucca, *Nieri*).

¹¹ Cf. COLUMELA (*De arboribus*, VII), "*virga* edita a matre sulco committitur".

fica también 'allorchè si è tagliato un ramo il pareggiare che si fa del taglio per mezzo dell' accetta'. Es una operación que Columela describe al hablar de injertos: "paratos surculos in fissuram demitto eatenus qua adrasí sunt ita ut cortex surculi corticem vitis aequaliter contingat (*De arboribus*, VIII)... *adrasos surculos demitte*"¹². Ahora bien, ¿hay relación entre el injerto de Columela y la selección de razas animales que a menudo se consigue por medio de cruces? ¿*Ratio* se ha cruzado con un *razzare* 'injertar'? Este eslabón me es también desconocido, pero vale la pena que el futuro historiador siga asimismo esa pista.

En conclusión, Stenzel decía que el lenguaje, como el hombre, tiene un alma y también un cuerpo: la estrategia de Schuchardt no se opone a la de Spitzer, sino que la complementa¹³.

Los "homenajes" llevan ordinariamente en la primera página un retrato del Maestro; aquí hay algo mejor: una sabrosa semblanza trazada por Pedro Salinas.

BENVENUTO TERRACINI

Università di Torino.

STANLEY MARTIN SAPON, *A study of the development of the interrogative in Spanish from the twelfth through the fifteenth centuries*. Columbus, Ohio, 1951. 99 págs.

Las estadísticas pueden ser excelentes auxiliares para resolver ciertos problemas previamente planteados, que en sí no son estadísticos. Pero hay quienes piensan hoy que las estadísticas importan *per se*. Consideran que contar una cosa, sea cual sea, es operación rigurosamente científica porque las estadísticas son "hechos". Pero el contar por contar y el enumerar porcentajes, por muy matemática que resulte la forma de exposición (por ejemplo, Cervantes usa la *e* 1.75 por ciento más que Fray Luis) no tiene valor científico alguno. Contar y sacar porcentajes para confirmar conocimientos seguros y obvios tampoco es labor científica.

Sapon no se ha planteado problema alguno que resulte aclarado con sus recuentos. Sus minuciosos cálculos estadísticos de la frecuencia relativa de los distintos tipos de interrogación en ciertos textos españoles antiguos (*Cid*, *Alexandre*, *Berceo*, *Libro de buen amor*, *Corbacho* y *Celestina*) únicamente confirman lo que ya se sabía. En efecto, nos enteramos de que 1) los interrogativos aparecen con mayor frecuencia y variedad en algunos géneros literarios (por ejemplo, los diálogos) que en otros como la épica; 2) que el tipo más común de interrogación es la introducida por un pronombre interrogativo o adverbio como *cuándo*, *cómo* o *qué*. El mismo autor admite que "la escasez de interrogativos en un texto del siglo doce no indica una falta equivalente en la lengua hablada" (pág. 7). Y en la pág. 92: "Es desde luego lícito suponer que los españoles del siglo doce usaban el interrogativo en toda la variedad de su

¹² Esto llevaría a la conclusión de que en este sentido *razzare* es un derivado de *radere*.

¹³ Muy notable la reseña de estos ensayos hecha por E. LERCH, en *RJ*, III, 1950, págs. 194-207.